





TERCER PLANETA



A. C. Caballero

TERCER PLANETA



Primera edición: enero de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© A. C. Caballero

© Ilustración de portada: Francisco Gómez

ISBN: 978-84-16824-24-3

ISBN digital: 978-84-16824-25-0

Depósito legal: M-42155-2016

Editorial Adarve

C/ Alameda del Valle 34

28050 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mi esposa, Ana.
Mi Luz, mi Vida, mi Todo.
Gracias por compartir conmigo
todos los amaneceres.*



PRIMERA PARTE

ALBURIA



El Principio de los Tiempos se remonta al convulso y complejo proceso que hoy día conocemos como la Conquista. Esta fase de nuestra Historia termina con la Situación Cero que marca el inicio de la nueva era.

SILENYS O. MIRANDA

Enciclopedia de la Historia Oficial de Alburia



PRELUDIO

La Pesadilla

Su corazón late tan fuerte que piensa que le va a estallar. Sabe que su pánico es absurdo pues está seguro de que todo va a salir bien. Eso, al menos, es lo que le repite una y otra vez su instinto.

Sus manos enguantadas aprietan con fuerza los controles de la nave.

El perfil rojizo del planeta se hace cada vez más grande en la pantalla.

Se acercan peligrosamente hacia él.

A través del auricular, oye una voz de mujer a su izquierda, pero no la entiende, no es capaz de descifrar lo que dice. Está tan rígido que ni siquiera puede girar el cuello para mirarla, sin embargo, intuye que si la mira sólo verá terror en sus ojos.

Quizá por eso no intenta volverse hacia ella para tranquilizarla, para decirle que todo está bien, que todo va a salir bien.

Un estruendo, que hasta ahora no ha sido consciente de haber estado escuchando, cesa de repente.

La mujer vuelve a gritarle algo y sabe que debería comprender lo que está intentando decirle, que es de suma importancia, pero no puede dejar de mirar la pantalla que le muestra aquella bola rojiza que se acerca más y más.

Ahora ya está seguro de que su instinto le ha engañado.

Van a estrellarse.

***Me despierto bañado** en sudor sin saber dónde estoy, escuchando un levisimo zumbido que, por supuesto no existe, yo mismo me he condicionado para abrir los ojos justo antes del amanecer. Me froto los ojos sin poder eliminar la sensación de estar a punto de morir estrellándome en aquella nave espacial. Tardo unos segundos en asumir que todo ha sido una pesadilla. La Pesadilla. La misma, noche tras noche, desde hace ciclos¹.*

Me levanto aturdido del incómodo camastro, completamente desnudo, y observo la imagen que el sucio espejo me devuelve.

Aquel trozo de cristal pulido es el único adorno de la resquebrajada pared.

Me acaricio el mal afeitado mentón y descubro casi con sorpresa que la imagen reflejada realiza el mismo gesto. Un extraño de ojos oscuros y tristes me mira impasible. Me cuesta reconocer en aquel hombre de facciones duras al joven que, pocos ciclos atrás, disfrutaba despreocupadamente de la vida en Alburia, el planeta donde nací, ahora tan lejano.

Parece como si los acontecimientos hubieran devastado por completo cualquier vestigio de Roger E. Hangland, del que ahora sólo queda el perfil aguileño, casi cincelado a láser, la piel oscurecida y cuarteada por los soles y el pelo largo y oscuro con algunas canas en las sienes.

Recorro suavemente con mis dedos la cicatriz que serpentea por mi vientre y el tacto rugoso y duro de la piel quemada me tranquiliza, me recuerda que aún sigo vivo.

Un día más.

Y me aferro brutalmente a esa idea de supervivencia para no enloquecer.

Es lo poco de cordura que conservo en medio de esta maldita Guerra.

Notando el frío suelo bajo mis pies, me acerco a los ventanales y contemplo el valle que se extiende ante mí donde centenares de restos humeantes, iluminados fantasmagóricamente por el tenue brillo de la doble luz solar, se desparraman por todas partes ennegreciendo la hierba. Incluso puedo distinguir los cuerpos mutilados que aparecen diseminados en derredor, como si un artista demente los hubiera dispuesto en extrañas posturas con algún macabro sentido.

Cientos de cuerpos, tal vez miles.

Es el precio que este planeta está pagando por alcanzar sus sueños.

1 Ciclo: unidad de tiempo equivalente aproximadamente a dos años.

¿O tal vez son mis propios sueños?

El sonido de la puerta interrumpe mis reflexiones.

—Adelante —exclamo con voz pausada sin ni siquiera volverme y recordando vagamente que sigo desnudo.

—¡Hemos vencido señor! ¡El planeta es nuestro! ¡Ha caído la última estación de defensa! —la voz entusiasmada y juvenil de una mujer invade la estancia casi vacía.

Mis sentimientos son extraños ante la noticia que aún resuena en mis oídos.

Desde hace casi tres ciclos he anhelado este momento y jamás pensé que lo único que se pasaría por mi mente sería la imagen de una chica, cuyo nombre casi no recuerdo, cubierta de sangre.

Yo la maté.

Un profundo y contradictorio sentimiento de culpa y alivio atenaza mi garganta. Aunque hace mucho que perdí la facultad de llorar, hubiera dado media vida por ser capaz de derramar alguna lágrima.

Lágrimas por mi hija muerta. Por un planeta desangrado y devastado. Por mi corazón yermo.

Ahora puedo empezar por el principio.



CAPÍTULO I

Nací en Alburia bajo el signo de los Hijos del *Segundo Nombre*, me llamaron Roger Eidur Haugland y aunque siempre fui un niño egocéntrico, en absoluto esto quería decir que fuera mala persona, muy al contrario, de ingenuo que era, llegaba a parecer estúpido. Lo único que implica el egocentrismo es la absoluta falta de interés por el resto de seres humanos a excepción de uno mismo y una creciente necesidad de ser el protagonista de todo lo que acontece. Lisa y llanamente, todo lo que me rodeaba dejaba de interesarme desde el momento en el que no tenía que ver conmigo.

Mi infancia se caracterizó por ser una etapa plácida en la que, ateniendo a mi contradictoria naturaleza bondadosa y egocéntrica me limité a hacer lo que me venía en gana. Básicamente a divertirme como cualquier otro niño alburiano nacido en el seno de una próspera y rica familia del ciclo 120 de nuestra Era.

Crecí sin hermanos, lo cual incrementó aún más la certeza de que el mundo giraba en torno a mí, me dedicaba a jugar a toda clase de entretenimientos, pero como nada retenía lo suficiente mi interés, pronto me aburría de cualquier cosa. Cualquier cosa que implicara disciplina o constancia, sólo jugaba por placer, en realidad, sólo hacía aquello que me divertiera.

Y, por supuesto, al comienzo de mi vida, *condicionar* a los demás me divertía.

Me resultaba sumamente sencillo y placentero *introducir* pequeños e inofensivos deseos en las mentes de mis compañeros de juegos.

No recuerdo cuando descubrí mi increíble habilidad, lisa y llanamente consistía en que era capaz de *condicionar* a cualquier persona si me lo proponía. Es decir, anulaba las voluntades de los demás consiguiendo

que hicieran cualquier cosa que se me antojase. Fruncía el entrecejo, aunque estoy convencido de que este gesto inconsciente no influía para nada en el resultado del intento, y miraba directamente a los ojos de mi *víctima*.

A veces incluso lo lograba *imaginando* que la miraba.

Y lo hacía.

Un *empujoncito* y aquellos chicos y chicas me pertenecían.

Para mí se trataba tan sólo de un inocente juego de niños, aunque con el tiempo comprendí que me equivocaba.

Aunque tal vez parezca extraño o demencial, mi padre sabía muy bien lo que estaba pasando por mi mente.

Mi padre *podía leerme el pensamiento*.

Literalmente.

Lo descubrí a la edad de 6 ciclos, precisamente cuando más me interesaba que no tuviese ni idea de lo que pensaba, debido principalmente a que con esa edad mi mente preadolescente era una terrible y febril mezcla hormonal.

Por descontado, esto me supuso más de una situación comprometida a pesar de que mi progenitor era un hombre razonable y extremadamente inteligente.

Afortunadamente para mí, y ahora con la perspectiva del tiempo estoy seguro de que también para él, no siempre lograba leerme el pensamiento, algunas veces conseguía *confundirlo*. Intentaba dejar en su cerebro, como si fuesen falsas pistas en un camino, pensamientos inconexos, recuerdos inocuos o auténticos despropósitos mentales.

Sin embargo, hiciera lo que hiciera, tarde o temprano aquel hombre de voz potente y penetrantes ojos verdes acababa por adentrarse entre los pliegues de mi cerebro y éste se abría para él como una fruta madura.

La sensación de que te lean la mente no es agradable, me refiero a que no es *físicamente agradable*. No tiene nada que ver con mis *condicionamientos* que son como pequeños regalos escondidos que de pronto aparecen ante ti claramente definidos en tu cerebro, como si tú mismo los hubieses gestado.

Cuando te leen la mente se siente un escozor en la base de la nuca y un dolor agudo en las sienes, que, aunque sólo dura un instante, es casi insoportable.

En honor a la verdad, he de decir que mi padre sólo utilizó su habilidad en los casos que consideró de *extrema necesidad*.

Y puesto que yo parecía tener un imán para las pequeñas catástrofes, estos supuestos de necesidad se daban más de lo que ambos hubiéramos deseado, de manera que lo que habría sido la típica infancia de un niño alburiano, criado en una rica familia en la mega urbe Utopía, seleccionado genéticamente, adiestrado con condicionamiento prenatal y clasificado para ser ingeniero genético como su padre, desembocó en la tortuosa adolescencia de un chico lleno de dudas que descubre que su padre le lee la mente.

Sin embargo, aquello no duró mucho.

Mi padre murió cuando yo apenas contaba 7 ciclos.

Los principales visores de las Cuatro Urbes estuvieron de acuerdo en que fue una gran pérdida para la sociedad alburiana, en particular para las arcas del Consejo, que estaba lucrándose con los increíbles programas de clonado de Fiodor E. Haugland, doctor ingeniero genético, director y creador del programa *Génesis*.

Tras la muerte de mi padre, llegó una época de intenso dolor a mi vida, llena de claroscuros. Acostumbrado como estaba a la soledad, ni siquiera recurrí a mi pobre madre y fue por aquel entonces cuando descubrí la Biblioteca Central, que se convirtió en mi refugio, en mi santuario. Era como un cálido regalo esperar cada tarde a que abriera, recorrer los larguísimos pasillos, los interminables estantes, y buscar los visolibros que tenía a medio leer.

Era fantástico.

Aquellas salas abovedadas, imaginadas y diseñadas por algún arquitecto nostálgico de la remota protohistoria, me protegían del dolor.

Durante unas horas nada podía recordarme que mi padre ya no estaba y como era lógico, el tiempo que pasaba sin recordar ese dato incuestionable —la definitiva desaparición de mi padre— era enormemente preciado para mí.

Por ello también me aficioné a cualquier cosa que requiriera un mínimo ejercicio de imaginación y así, lo que empezó siendo un chaleco salvavidas se convirtió en mi pasión. Buceé en la lectura y el visionado de cientos de novelas, tratados científicos o cualquier cosa que contuviese información.

Me convertí en un adicto al estudio.

Esa fue la razón —al margen de mi cuidada selección genética— de que apenas me costara esfuerzo alguno concluir la carrera de Ingeniero Genético con una nota media más que aceptable.

Gracias a León A. Pastor, el tío León, que asumió el papel de mi padre, tanto económica como afectivamente —en lo que a mi madre se refiere, sobre todo— encontré fácilmente mi camino profesional: un empleo en la Agencia Aeroespacial de Alburia (La triple A).

Eso, lógicamente, supuso algunos cambios, principalmente dejar la ciudad donde había pasado toda mi vida, Utopía, y alejarme de mi madre.

Así que, con un miedo atroz y más dudas que nunca, acepté el trabajo.

Me trasladé a Ciudad Dragón, la capital del Consejo, el centro financiero, industrial, lúdico y político del planeta: *el corazón amarillo del planeta rojo*, como la denominaban despectivamente los cronistas del otro extremo de Alburia. Un corazón de 6 millones de habitantes, la ciudad más poblada del mundo.

Desde el primer instante en el que la pisé, Ciudad Dragón me enamoró.

Sus impresionantes avenidas, sus edificios de cien plantas, sus magníficos palacios orientales, sus jardines repletos de decenas de especies vegetales y animales, evidentemente clonados, sus increíbles espectáculos circenses... La ciudad que nunca dormía, sus comercios y locales permanecían abiertos las veinticinco horas del día, los 670 días del ciclo.

Toda la ciudad parecía conspirar para que yo olvidara mi anterior vida en Utopía.

El trabajo en la triple A, por contra, fue decepcionante en sus comienzos, al principio no estaba muy definido y me limitaba a colaborar en algunos proyectos experimentales de poca monta, como comprobar las reacciones de algunos mamíferos clonados ante la ausencia de gravedad, o verificar la capacidad de ciertas plantas para que, una vez alteradas genéticamente, produjeran diez veces más oxígeno de lo normal.

Fue en esa época, en la que mi vida alternaba entre los clubes nocturnos y la Agencia, cuando conocí a Laura y a Logan.

Laura I. Fermat, Doctora en Ciencias Químicas y responsable en la Triple A de Experimentación Geológica, era una pelirroja imponente de

metro ochenta que siempre llevaba piezas de lana sintética demasiado anchas y poco maquillaje. Su miraba radiante era lo que me más me gustaba de ella, como si a cada parpadeo descubriese el mundo por primera vez y, por como brillaba aquella mirada, al parecer, le encantaba lo que veía. Laura era sin duda tan inteligente como hermosa.

Logan era harina de otro costal. Logan T. López (Lo-Lo para deleite de sus amigos y enemigos) era el típico solitario. De piel cetrina, bajo y regordete, con gruesas y arcaicas lentes —pues rechazaba toda corrección quirúrgica— y pelo corto y oscuro. Resultaba fascinante. En el trabajo era, con diferencia, el mejor desarrollador software de toda la ciudad.

Lo que nos unió a los tres podría haberse llamado casualidad, pero yo ahora lo llamo *fatalidad*. No recuerdo ni cuándo ni cómo, pero en una de las frecuentes salidas tras el trabajo surgió el tema de la vida extra-alburiana. Obviamente, un tema tan políticamente incorrecto, y más, tratándose de una reunión informal de tres miembros de la triple A, debió haberse zanjado enseguida, pero la posibilidad de la existencia de vida fuera de nuestro pequeño planeta y el hipotético contacto con otras civilizaciones inteligentes era algo que me atraía desde la infancia como la luz de una luminaria atraía a un gusano alburiano.

La cuestión es que allí empezó todo.

Las reuniones, que a Lo-lo le encantaba denominar *clandestinas*, se celebraban en mi piso, un ático, cortesía del millonario tío León, que contaba además de con una panorámica impresionante sobre el Gran Lago, con todos los adelantos de la época: piscina de gas, conexiones a la Red Planetaria, equipos de Micro-mutación Adaptada, Pantallas de Plasma, etc. Un verdadero hogar con todo lujo de caros detalles.

A pesar de que podíamos encontrarnos en apuros en la Triple A si trascendían nuestros encuentros, no tomamos ninguna precaución intentando ocultarlos, lo cual el tiempo demostró fue un trágico error que pagamos con creces.

Al principio nos dedicábamos a beber licor de fuego y a divagar medio borrachos sobre la existencia de vida extra-alburiana, pero poco a poco fuimos ideando un sistema *real e implementable* de búsqueda de vida inteligente en el espacio exterior, de manera que la cosa empezó a escaparse de nuestro control.

—No puedes hablar en serio —Laura miraba con ojos de preocupación a Lo-Lo. Exhaló una bocanada de humo verde mentolado.

—¿Qué tiene de malo instalarlo, Laura? —Lo-lo sonreía pícaramente como si todo fuera una inocente travesura. Se inclinó sobre el tablero flotante y cogió un buen puñado de caramelos de colores que introdujo de golpe en su boca.

—¡¿Que qué tiene de malo?! —su mirada, ahora en la fase de la incredulidad, pasaba alternativamente de Lo-lo a la pantalla del ordenador. Bruscamente, se volvió hacia mí, que hasta ese instante estaba enormemente ocupado en observar el movimiento de las agujas de mi elíptico de muñeca—. ¡¿Tú no dices nada, Roy?! —los azules ojos de Laura parecían una réplica de los eternos hielos del Norte de Alburia. Pero la belleza salvaje del eterno Norte alburiano no era nada comparada con la intensidad de aquella mirada. Aquellos ojos me trajeron el recuerdo de mi primer beso.

Tenía casi 8 ciclos y ella era mayor que yo. No consigo recordar su nombre, pero sí aquellos ojos que parecían rescoldos ardientes en una chimenea. Estábamos solos. Sentados en la penumbra y cogidos de la mano. Las voces amortiguadas de los demás chavales apenas se escuchaban. En algún rincón del desván sonaba el tictac de un viejo elíptico de pared, un movimiento acompasado y rítmico, todo lo contrario que el de mi corazón que parecía querer salirse por la boca. Me concentraba intensamente en no parecer nervioso, tanto, que apenas percibí su sonrisa. Ella sonreía con una calidez que desmentía la pasión de su mirada.

En un instante pareció reunirse en aquel rincón oscuro toda la densidad de un agujero negro y fui capaz de entender que toda mi existencia había desembocado en ese momento sólo para que ocurriera.

Me incliné para besarla pero percibí la duda en su mirada. Fue una fracción de segundo en la que comprendí que aquel primer beso jamás sucedería.

Entonces lo hice.

Introduje sutilmente en su cerebro la idea de que lo único que deseaba era besarme y ese único deseo se superpuso a cualquier otro, venció cualquier duda y anuló su propia voluntad.

Nos besamos.

Cuando volví a abrir los ojos contemplé su expresión entre aturrida y sorprendida. Intenté sonreír, pero no pude. Ella me miró con la misma intensidad de antes

pero esta vez no había ni rastro de calidez en sus ojos. La dureza y frialdad de su mirada me provocó un escalofrío que recorrió mi espalda y allí me juré a mí mismo que jamás volvería a condicionar a nadie.

Ante la inquisidora mirada de Laura, acerté a esbozar una suerte de patética sonrisa que venía a decir «no me líes». Por mi mente cruzó fugazmente la idea de que con un simple deseo podría conseguir *condicionarla* para que estuviese de acuerdo con nosotros, pero sacudí la cabeza como si me deshiciera de un mal bicho enredado en mi cabello.

—Bueno, ya sabes... Laura... no vamos a estar todo el tiempo hablando, además no creo que sea tan grave instalar el programa y mover un poco el satélite.

—¡Ajá! —el dedo acusador de la única persona madura de la habitación, si olvidamos la holografía de mi madre, me señaló—. ¡Lo sabía! ¡Estás con él! ¡No me lo puedo creer! ¡Estáis mal de la cabeza! —los vasos de cristal que descansaban vacíos sobre el tablero flotante se estremecieron ligeramente y emitieron un leve crujido. Laura inspiró ruidosamente e hizo gala del impresionante autocontrol que la caracterizaba, por otra parte tan necesario si tenemos en cuenta su *pequeña habilidad* para desplazar cosas con el pensamiento. Cuando volvió a hablar, su tono era absolutamente tranquilo—. Chicos, escuchadme. Es vital que comprendáis una cosa: esto es muy peligroso y raya el delito.

—Si lo que hemos hecho hasta ahora te parece peligroso, mejor será que vuelvas a casa, princesa —los ojos de Lo-lo brillaban con picardía.

Laura lo miró como si estuviera aquejado de una incurable enfermedad contagiosa pero no logró articular palabra y he de confesar que en aquel momento pensé si realmente estábamos jugando con fuego. Pero, ¿qué era lo peor que podía pasar? ¿Perder nuestros empleos? La verdad, a mis 14 ciclos me creía capaz de casi todo, no me importaban en lo más mínimo las consecuencias. Sólo deseábamos echar un vistazo con los medios de los que disponía la Agencia a los planetas más cercanos del sistema solar. Tampoco era tan grave.

—Compañeros, tengo una sorpresa —Lo-lo sostenía en su mano derecha una forma circular del tamaño de una nuez que acaba de hacer aparecer de la nada con el gesto teatral que tanto le caracterizaba, se levantó del flotador y caminó hacia la pantalla de plasma, situó la nuez cir-

cular en una de las ranuras del aparato y volvió a sentarse. Se giró hacia Laura con la sonrisa aún en los labios—. Todavía estás a tiempo de huir.

—Déjame en paz —refunfuñó ella revolviéndose inquieta en su asiento.

Ahora pienso que aquel fue el punto de inflexión que provocó que no hubiese vuelta atrás.

Poco sospechábamos que Lo-Lo estaba sentenciándonos a muerte.

—Visión —exclamé mirando fijamente el plasma.

La pantalla se iluminó y en ella apareció un pequeño y hermoso planeta azul.